

LP 18/06/1956 P 10

La Nochebuena de la Libertad

por Sebastián Salazar Bondy

La noche del viernes, hasta el instante en que por mandato de la ley debía cesar toda propaganda electoral, el aspecto del centro de Lima fue el de una fiesta. A esas horas arreció el entusiasmo publicitario de las gentes de uno y otro bando, y una especie de holgorio general ganó la calle y se convirtió, a medida que se acercaba el límite del día, en una simpática y risueña batalla de hurras y vivas. Como en los carnavales, los grupos, a pie o en automóvil, se arrojaban los últimos volantes de propaganda política. Y todo esto transcurría, salvo incidentes menores, infalibles cada vez que la multitud se entrega a la alegría, dentro de un sorprendente respeto mutuo, dentro de una armonía franca y saludable. Era como si de pronto, exhalando al fin un aliento sin trabas, pleno y profundo, el país celebrara el advenimiento del clima democrático al que tan tenazmente ha aspirado. Un observador pacífico y neutral, impresionado por esta atmósfera callejera, bautizó a esa medianoche con el significativo nombre de "Nochebuena de la Libertad". Tal era, en efecto, el carácter de esa hora.

No es el pueblo peruano agresivo ni violento. Siempre, en los instantes críticos, predomina su secular temperamento cuerdo y contemporizador. A tal punto este signo psicológico le es propio que ya resulta proverbial en su historia la conformidad silenciosa, en cuya hermética esencia se incubaba, jamás destruída, la esperanza. En el deporte, en la acción pública, en el desborde de la vida política, el hombre común de este país posee la reconcentrada sensatez de la nación antigua juntamente con la pureza juvenil de la nación reciente. Estas dos características se equilibran y controlan en el espíritu de la muchedumbre peruana, a la cual hasta hoy no hay cómo acusar de un abuso o un crimen. Y ello a pesar de que mil veces ha soportado la intolerancia de poderosos insensibles a tan evidente verdad, y que mil veces, también, su predisposición a la paz ha servido de asidero a la arbitrariedad malsana de los gobernantes o los agitadores.

La experiencia del proceso electoral que culminó ayer es ejemplar al respecto. Como nunca antes han salido manifestaciones nutridas en apoyo de los candidatos o en protesta por una u otra sinrazón, y en las pocas ocasiones en que hubo desórdenes, fue por culpa de la autoridad que quiso impedir la expresión por la fuerza. Cuando a los que formaron estas masas sus dirigentes les pidieron calma, supieron mantenerla disciplinadamente, sin trastrócar en lo más mínimo las disposiciones legales que limitan los derechos ciudadanos. Ha sido una jornada intensa, pero, en líneas generales, tranquila y ordenada. El odio, sin duda alguna, no anida en el pecho del elector corriente, y cuando éste se lanza a la calle, se inclina más a vitorear al hombre o al programa de sus simpatías que a las personas o ideas que no acepta.

Es patente que existe una reserva de posibilidades democráticas en nuestro pueblo, y es hora, en consecuencia, de que los gobernantes y los conductores encaucen esa vocación por la senda institucional. Tal vez esta predisposición carece aún de sentido, se ofrece informe y en agraz, no está proyectada por la educación indispensable, pero como materia prima se revela de la mejor calidad. Hacer del Perú un país democrático es, en principio, realizar una labor pedagógica adecuada, es decir, enseñar a hacer uso de las facultades cívicas con arreglo a principios, desterrando, como primera medida, los métodos de proscrición y castigo a la libre opinión que con tanta contumacia han prevalecido en nuestra historia. La constitución de partidos doctrinarios, dentro de los cuales el adherente ejerza sus derechos a la manera de interna iniciación en la práctica democrática, servirá para dar una dirección cabal a la innata aptitud cívica que verificamos. Una experiencia semejante en la escuela, en el gremio, en la municipalidad, en toda entidad donde el ciudadano o el que va a serlo participe, servirá para conformar tan positiva disponibilidad.

Lo que sucede en los países en los cuales la Democracia está definitivamente asentada, alecciona con relación a las sucesivas compensaciones que se producen, cuando funciona el sistema en el gobierno. Un régimen de extrema derecha es sucedido por uno de izquierda de la misma temperatura pasional, pero, luego de esta variación, las fuerzas se integran en un estado de centro que contiene, dentro de una pugna que es básica, ambas tendencias. Lo importante para el establecimiento de este balance es que conservadores y socialistas, a su respectivo turno, sepan defender la organización democrática en su íntima estructura de libertad y discrepancia. Ser antes demócrata que derechista o izquierdista, es la garantía fundamental para que una nación marche con seguridad por la senda que sus gobernantes le deparen.

La noche del viernes, de cuyo fervor colectivo ha surgido esta nota, brindó el modelo de lo que puede ser la política peruana de los años venideros, cuando antepongamos el respeto hacia la decisión popular, hacia la voluntad emanada del sufragio, a las ambiciones personales. La justa electoral es un acto serio y hondo, pero nada sombrío debe amenazar su realización. Podemos ir entusiastamente a depositar nuestro voto en las urnas y podemos igualmente reconocer el triunfo de nuestro candidato o el candidato rival sin el ceño del rencor. La represión que nos ha ahogado hasta ahora ha sido al fin desarraigada por los gritos que hemos lanzado al aire durante las manifestaciones que han precedido a la votación de ayer, y la noche del viernes la garganta del pueblo ha lanzado su voz amplia y vibrante, como el cántico augural de aquella espontánea fiesta que bien merece la denominación de "Nochebuena de la Libertad".